

erito definitivamente, a la terapéutica de las cervicopatrosis. Nosotros no poseemos mesa ortopédica adecuada, pero hemos visto una película de una de ellas que, por cierto mecanismo, hace la tracción y el estiramiento de una manera suave, sin violencias y graduando a voluntad la separación de sus fragmentos par lograr una elongación eficaz.

No hemos utilizado el procedimiento que cita ROTÉS, que es el del collar de Saire, izando al enfermo hasta suspenderlo. Tampoco hemos tenido ocasión de ensayar el aparato de Dr. POAL.

Muy ingenioso, y nos parece que ha de dar excelentes resultados, es el aparato de HERNÁNDEZ ROS, que consiste en un vástago de metro y medio de altura, que se sujeta al respaldo de la parte posterior de una silla cualquiera. En su parte inferior y haciendo ángulo recto, se le articula otro vástago de unos 75 cm., que, pasando por debajo de la silla sobresale unos 50 cm., el cual lleva en sus dos lados unos orificios para colocar a voluntad una especie de manillar en el que se apoyan los pies; en su extremidad hay una polea por

la que se desliza una cuerda que, a un metro, tiene un tirador para la mano del paciente. Dicha cuerda se desliza por todo este vástago y el vertical, continuando en su parte alta con otro vástago en ángulo recto, de unos 50 cm.; de éste pende, por delante, el aparato de suspensión, que consiste en un pequeño cuadro metálico, en cuya parte inferior va una férula almohadillada que se adapta al cuello y al occipucio, y otra para el mentón, más una correa para la frente (estas últimas graduables). La cuerda que tira de este cuadro se desliza por otras poleas y por la parte posterior lleva colgando el peso conveniente. Una vez sentado el sujeto y fijada la cabeza, apoya los pies firmemente en el manillar, antes mencionado, y hace tracciones con la cuerda —al hacerlo multiplica por diez el peso suspendido, que viene a ser de tres a cinco kilogramos. El autor recomienda hacer en quince minutos, quince tracciones de medio minuto, seguidas de otro medio minuto de descanso. Estas sesiones se repiten tres o cuatro veces, a diario, por espacio de quince días.

## HUMANIDADES MÉDICAS

### LA CIENCIA MÉDICA EN LA OBRA DE BERNAT METGE

PEDRO VOLTES BOU

La figura de Bernat Metge, uno de los máximos prosistas de la literatura medieval catalana, está envuelta en velos de enigmática oscuridad. Son de sorprendente escasez los datos referentes a su vida y en su obra las referencias autobiográficas no abundan tanto como las alusiones frecuentísimas a costumbres de su tiempo. Es tan valiosa cualquier referencia de un escritor de tal magnitud a la realidad cotidiana de la Barcelona medieval, que vale la pena intentar el esfuerzo de espigar dentro de sus libros cualquier apunte descriptivo que nos dé idea de las costumbres de la época.

Es digno de nota a este propósito que en el costumbrismo de Bernat Metge se dé una agudeza de observación, un realismo objetivo e implacable, una predisposición al examen de los hechos y factores de tipo físico, que le acercan extraordinariamente al método de investigación y de trabajo propio de la Medicina. Conforme observará en seguida el lector, Metge subraya todavía esta inclinación temperamental con un conocimiento más que regular de la farmacopea y la ciencia cosmética de su siglo y un interés profundo por los temas básicos de la conducta fisiológica. Antes de entrar de lleno en el bosquejo de estos apuntes médicos que surgen en

la obra del gran humanista catalán, aludiremos brevemente a su carrera de escritor y de político.

Bernat Metge comenzó su tarea de escribano regio en los últimos años del reinado de Don Pedro IV. De su aspecto físico podría decirse, como Juan de Mena observaba acerca de sí mismo, que tuvo «el rostro pálido del estudio, mas no roto y recosido de encuentros de lanza», en contraste con la imagen que debían de ofrecer los tumultuosos caballeros de aquella corte. Todo lo que tuvieron éstos de ardor y fiereza, tenía Bernat Metge de calma y de frialdad, de sutileza y ponderación. El padre de Metge había muerto siendo él muy niño. El huérfano había sido recogido por un tal Ferrer Sayol, a quien odiaba encarnizadamente. Tan pronto como tuvo edad para ello, Metge entró al servicio del hijo de Pedro IV, el príncipe Juan, heredero de la corona, que venía a tener su misma edad. En su compañía recorrió el reino, y más tarde, cuando el príncipe se dispuso a contraer matrimonio, Bernat Metge anduvo de pueblo en pueblo recaudando un impuesto especial decretado con motivo de la boda. Cuando terminó el cobro, fué procesado y encarcelado, quizá por algún defecto de contabilidad.

La primera obra de Metge, anterior a su entrada en la cárcel, se titula «Cómo se portó Ovidio cuando se enamoró», y es una traducción libre y desenfadada de la «Vetula», de Richard de Fournival. Según este relato, a Ovidio se le presenta una viejecita



que le propone facilitarle una cita con una atractiva doncella de la que está enamorado. Ovidio le ha de dar a la mediadora vino, trigo, legumbres y ropas. Cuando acude a la cita, descubre que la amada que le espera es una vieja arrugada y huesosa. Esta obra, llena de gracia costumbrista, tuvo gran difusión en Cataluña, hasta el extremo de que los religiosos llegaron a aconsejar a los fieles que no leyesen libros vanos como aquél. Es lícito pensar que este breve y travieso relato tuviese algún punto de paralelismo con la realidad ambiente cuando alcanzó tanta popularidad.

En la cárcel, Bernat Metge mitigó su melancolía con la lectura de la «Consolación de la Filosofía», de Boecio, e inspirándose en ella compuso el «Libro de Fortuna y Prudencia», que es una de las tantas lamentaciones contra los caprichos de la Fortuna que contiene la literatura europea de la Edad Media. Bernat, según refiere en ella, se pasea en una mañana de mayo por la orilla del mar. Topa con un viejo desnudo que lleva un gran sombrero. La figura del anciano es un emblema del desprecio de las riquezas materiales. Con un ardid consigue que el escritor suba a una barca, que se aleja luego rápidamente de la costa y finalmente arriba a una isla donde se alza el castillo de la Fortuna. El tono alegórico de este libro dificulta que encontremos en él apuntes realistas pero no deja de ser curiosa esta descripción inicial de la playa y de la barca, que corresponden aproximadamente a la actualidad que conoció Bernat Metge.

Esta es la obra en que figura un pasaje de tanta agudeza médica como aquél del comienzo:

«Al cor me vengien dolors grans  
e tantost fuí pus fred que gebre  
e tasti'm lo pols, e de febre  
no em senti punt, e ans tenc la vena  
son camí»...

La prisión del escritor duró poco tiempo, y fué vuelto a llamar a casa del príncipe. En febrero de 1384 fué nombrado notario del tribunal de apelación de Gerona. Poco duró la bienandanza, porque a los cuatro años arreció de nuevo la desventura y Bernat retornó a la cárcel. Entre rejas leyó otro libro de desventuras: la conocida historia medieval de la paciente Griselda, que Petrarca había puesto en latín, y decidió traducirla al catalán. La versión fué dedicada con una expresiva salutación a doña Isabel de Guimerá, esposa del señor de Ciutadilla, de la familia de los Relat. «Buscando —empieza— entre los libros de los filósofos y los poetas algo con que complacer a las mujeres virtuosas, se me ocurrió el otro día una historia, la cual recita Petrarca, laureado poeta, por cuyas obras tengo yo singular devoción». Al cabo de diez años, la historia de Griselda era ya tan conocida que hasta la contaban, como dice Bernat, las viejas que hilaban en invierno a la vera del fuego. Esta moda parece corresponder de cerca a la que siguen teniendo en el día

de hoy los argumentos melancólicos y accidentales con tal acaben bien.

La fortuna quiso hacer olvidar a Bernat las acerbadas horas pasadas y le ensalzó a secretario y consejero de Juan I, ya exaltado al trono, y a otro cargo más delicado y honroso, el de enviado en la corte pontificia de Aviñón. Su estancia allí tendría trascendental importancia en su formación humanística y le permitiría tratar con una serie de preclaras figuras, entre las que descuella la de don Juan Fernández de Heredia, maestro del Orden de San Juan. Conocemos varios documentos enviados por los reyes a Bernat Metge por los que podemos figurarnos cuáles serían sus tareas diplomáticas. Son cartas despachadas entre febrero y abril de 1395, en las que se le pide que cuide de asuntos de herencias, se le recomienda a varias personalidades de Aragón y finalmente se le reprocha con blandura que escriba poco. Esta intimidad con los soberanos fué causa de nuevas desventuras para Bernat, a su vuelta. En efecto, la reina Violante de Bar, venida del otro lado de los Pirineos, era amante del lujo, de la moda, de la suntuosidad y llenó la corte de artistas, de bufones, de halconeros, caballeros, joyeros, hasta fatigar al pueblo con tanto gasto y tantos impuestos para sostenerlo. Bernat intervenía íntimamente en la administración de este fausto y cuando fué necesario ponerle coto por ser amenazador del desagrado popular, fué sacrificado a la vindicta pública y enviado por tercera vez a la cárcel.

En la prisión escribiría ahora su obra capital de «somni», y otras dos piezas, la «Medicina apropiada a tot mal» y el «Sermón». En «Lo somni», a fuer de obra capital de nuestro autor, encontraremos también el repertorio más abundante de observaciones y datos de tipo médico. En sus páginas iniciales se alude ya a Galeno y todo su primer libro está dedicado al problema de la inmortalidad del alma, de la enfermedad y la muerte. Esta parte está concebida como diálogo entre Metge y el ya difunto Rey Juan I, que se le aparece en sueños. El monarca le instruye de que «alguna forma no es corromp, sinó per acció de son contrari, o per corrupció de son subjecte o per defalliment de la sua causa, mes l'ànima humana no es pot corrompre per acció de son contrari car alguna cosa no és a ella contrària». En la tercera parte de la obra, el autor acomete una diatriba violentísima contra las mujeres, llena de garbo pintoresco y también de sagaces intuiciones sobre el cuerpo y el alma femeninos. Abundan en esta parte las alusiones a productos de belleza de la época —«argent sublimat, argentada, pomada lliurada»— cuyo abuso censura, reprendiendo a las mujeres su obsesión por la cosmética: «aprenen d'estillar, de fer untaments, de conèixer herbes e saber llur virtut». El autor entiende que todos estos artificios son otros tantos enemigos de la salud masculina: «Los enemics del teu humit radical, los quals acompanyen les fembres del bany al teu llit, son aquests: molts perfums e



grues, calç viva, orpiment, olis, sebons, estopa, lanya de cabró, caparrós, sang de voltor...», productos estos de los que las mujeres no paran de hablar en su charla: «si lo riubarbre és sec o humit, e quants materials entren en la triaga».

El poco galante concepto en que Metge tenía a las mujeres queda acreditado en aquello de: «Fembra és animal imperfet. No és animal en lo món menys net que fembres. Si entens que no et diga ver pretén esment en llurs necessitats o malalties», y prosigue: «L'ardor de luxúria que elles han no ha't vull dir a present». Es muy curiosa la observación de que «quantos infanten abans de llur temps i tements que no venguen a vergonya», exponen o abandonan a sus hijos.

Esta feroz diatriba contra las mujeres queda luego equilibrada por un elogio entusiasta de ellas y una censura a sangre y fuego de los hombres. Reprendiendo la gula de éstos, dice: «Diversifiquen les viandes e vins, dels quals mengen e beuen entro a esclatar. Puis diran que los fa mal l'estómac o que han dolor de cap, de que no poden tant prest remei haver sinó que buiden lo sac per un forat o per altre».

Anotemos de modo sobresaliente aquella afirmación que figura en «Lo somni», de que «lo bon metge no guarda lo plaer del pacient, mes lo profit».

Nos referíamos antes al «Sermón», como otra de las obras compuestas en este encarcelamiento. A este libro corresponde la siguiente retahila de consejos escépticos y desengañados, pero ricos en contenido costumbrista: «Amóldese a su tiempo quien quiera vivir; si no, podriase encontrar solo y sin dinero. No deis jamás limosna, que eso os perderíais. Si queréis alcanzar puestos ilustres, adulad. No podréis tener gran hacienda si no robáis. No tengáis conciencia si queréis vivir. Y si queréis hacer reir a la gente, sed muy necio. El trabajo que desagrade a vuestro cuerpo alejad, y volved la espalda a quien sea leal. Si vuestra mujer no ha vuelto al atarde-

cer, que duerma en la calle». Se ha establecido un curioso paralelismo entre esta obra y el sermón cómico de los obisillos, de los «bisbetons», como el que se elige por ejemplo en Montserrat.

La «Medecina», de Bernat Metge, es una parodia de los hechizos de amor tan en boga en la época, dedicada a Bernat Margarit, que fué compañero de desdichas y de diversiones del autor, si hemos de creer a éste cuando dice: «Quan seré molt ric, de puix veurets quant riurem». En esta obra se explica una receta del llamado médico de Martorell, que fué en realidad un popular curandero, enviado a la corte de Castilla por Juan I para curar al monarca castellano. La receta es parodiada usando palabras imaginarias, de sonido oscuro y misterioso, como se solía hacer en la realidad:

«Vos pendrels un badall d'estornell  
e dues onces de besturri  
mesclat ab un poc de gingurri  
e dos diners de baquiqueu...»

El rey Don Martín «el Humano» sacó al escritor de la cárcel y se dispuso a protegerle, interesándose por la lectura de «Lo somni». Bernat Metge volvió a la gestión de asuntos públicos y a cuidar de la correspondencia real, con satisfacción del soberano. En esta ocupación continuó hasta que Fernando de Antequera, en una carta áspera, le ordenó poner en manos de un sustituto todos los asuntos que había llevado, quizá para vengarse de la amistad que Bernat Metge había tenido con el conde de Urgel. Poco más tarde, entre 1412 y 1414 debió morir nuestro escritor.

Es muy interesante deducir de estas observaciones satíricas la realidad objetiva de los tipos y costumbres de la época de Bernat Metge, una de las más accidentadas y apasionantes de nuestra historia, según comprobará quien sienta curiosidad por profundizar en su estudio.

## RESÚMENES DE TESIS DOCTORALES

### TRATAMIENTO DE LA SÍFILIS PRECOZ POR INYECCIÓN ÚNICA DE PENICILINA

LUIS ALVARADO MONCAYO \*

INTRODUCCIÓN.—Desde que MAHONEY, ARNOLD y HARRIS, en el año 1943, demostraron la acción treponemicida de la penicilina en la sífilis experimental del conejo y en varios casos de sífilis primaria seropositiva, los clínicos se lanzaron a su ensayo con la esperanza de conseguir un gran progreso en la terapéutica de una enfermedad

difícil de curar, como es la sífilis, y con ayuda de un medicamento de escasísima o nula toxicidad.

La experimentación in vitro polarizada hacia el «treponema pálido» chocó con dos escollos difíciles de salvar, cuales eran la dificultad existente para cultivar el treponema y el trabajar con la penicilina existente por aquel entonces, cuya sal sódica comercial iba unida a otras substancias que podían modificar su potencia y actividad.

La química de la penicilina ha progresado últimamente, aceptándose que todas las penicilinas aisladas derivan de la penicilnamida (dimetilcisteína), cuya fórmula empírica sería C<sub>9</sub> H<sub>11</sub> O<sub>4</sub> SN<sub>2</sub> R<sub>9</sub>, cambiando en cada variedad el eslabón R. En un principio salieron a la luz las penicilinas cristalinas F, G y X, de los ingleses; I, II y III, de los americanos, y con ellas se intentó comprobar el poder treponemicida frente al Treponema Pallida.

\* Tesis doctoral realizada bajo la dirección del Catedrático de Dermatología y Sifiliografía Prof. X. VILANOVA, con material procedente del Servicio de Dermatología y Sifiliografía del Hospital Clínic y Provincial adscrito a la Facultad de Medicina de la Universidad de Barcelona.